sayo, porque su señor desplegó una grande habilidad en el *manejo* de caudales.

Los cohetes y las bombas se succedieron toda la noche no dejando un momento de calma al comandante, que al *primo albore* se marchó con la jamona y los dispersos á tomar cuarteles á la ciudad histórica de Tixtla.

CAPITULO VI.

Donde comienza la historia de la primer esmeralda.

I.

El hijo del tio Blas llegó despues de una marcha trabajosa á Chilpancingo, llevando á la grupa de su caballo al infeliz viejo ya próximo á espirar.

Detúvose á la entrada de una casuca, propiedad de un amigo suyo, y llamó con precipitacion.

—Qué pasa Jacinto?

—Ayúdame, Pablo, mi padre se muere.

Pablo sin aventurar una sola palabra, tomó en sus brazos al tio Blas y lo condujo á un lecho.

—Es una desgracia espantosa, dijo el jóven, y ella tiene la culpa de cuanto pasa.

—Quién es ella?

—Nadie, haz llamar á un médico, porque mi padre está herido mortalmente.

—Jacinto, cuando te he visto partir de aquí con ese infernal de comandante, quise decirte algo; pero no me atreví por no pa-

recerte sospechoso; pero en tu fisonomia turbada comprendí desde luego que iba á pasar algo muy malo.

—El destino, amigo mio, el destino, yo queria vengarme, y Dios arroja sobre mi frente la sangre de mi padre.

—En fin, atendamos al enfermo, dijo Pablo, y salió en busca del médico.

El tio Blas estaba próximo á la muerte, dos balas le habian atravesado el pecho, y su existencia se apagaba por momentos, tenia una ánsia terrible.

Derrepente hizo señas de que queria hablar, Jacinto se acercó al lecho lleno de una pesadumbre sombría.

—Padre, dijo sin poder contener sus lágrimas; perdóneme usted!

—Sí, yo te perdono .... no eres culpable .... estaba escrito ...

—Pero yo soy muy delincuente y Dios no me perdonará.

—Dios sabe todo mas que nosotros, y .... yo me muero ...!

Arrodillóse Jacinto, y tomó entre sus manos la mano callosa de su padre.

—Jacinto .... toma estos .... papeles .... están rotos por las balas y .... manchados de sangre ....

Jacinto tomó la bolsa con los papeles, y volvió el rostro con desconfianza para los rincones y puerta del aposento, por si alguien le acechaba.

—Eso debe de ser interesante .... yo no he leido .... verdad es que no sabia .... pero al entregármelos me dijeron que .... peleara por la libertad .... y .... yo no he sabido hacer nada ... por ella .... yo te trasmito ese encargo.

Jacinto estaba perplejo, comprendia que aquellos papeles encerraban algo de sumo interes; pero el encargo del tio Blas le contrariaba, los Bravos estaban en las filas insurgentes, y él deseaba encontrarse con ellos y saciar aquel rencor injusto que se habia apoderado de las fibras de su corazon.

Jacinto aborrecia á los insurgenles, y en las filas realistas en contraba cuanto podian esconder sus siniestras miras; así es que

entró decidido, y comenzó por herir á sus benefactores como la víbora al labrador que le dió calor en su seno.

La fatalidad habia señalado como la primera víctima á su padre; pero el jóven comenzaba á tranquilizarse sabiendo que el destino lo impulsaba á la senda de la fatalidad.

Un letargo terrible habia acometido al enfermo, Jacinto creyó que su padre habia espirado.

Pasados algunos instantes, el tio Blas volvió en su conocimiento; como una luz que recobra todo su fulgor primitivo para apagarse.

—Jacinto .... Jacinto .... quita de mi seno ese relicario.

El jóven obedeció á su moribundo padre.

—Dentro encontrarás una *piedra verde* .... yo no sé lo que significa .... pero la he llevado al cuello toda mi vida .... consérvala y no la pierdas .... sino con el último .... aliento! ....

Jacinto abrió con avidez el escapulario, se sorprendió al ver la *esmeralda*, y empezó á girar en su cerebro un mundo de dudas y de esperanzas, aquel misterio comenzaba á envolverlo en un velo de muerte; sin querer llevó la mano á su seno, y oprimió los papeles que le habia entregado el tio Blas.

Interrumpióse el hilo de sus pensamientos al escuchar el estertor de la agonía, y fijó sus ojos espantados en el rostro cárdeno de su padre.

En aquel momento entró Pablo con un médico, el único que probablemente habia en Chilpancingo.

Acercóse el doctor, y al contemplar aquella faz descompuesta, y al escuchar el sordo ronquido de aquel pecho, se volvió á Pablo y le dijo:

—Haga usted llamar á un sacerdote.

Las mujeres de la casa ya se habian anticipado; el cura del pueblo se presentó á administrar la *extrema-uncion* al enfermo.

Todos se arrodillaron durante la sagrada ceremonia; el párroco encomendó el alma al moribundo, que espiró entre las ánsias mas terribles.

Jacinto se arrodilló á su vez junto al lecho, y tributó el último homenaje de su piedad filial á aquellas cenizas veneradas.

Levantóse despues sombriamente sereno; se sentó en un rincon del aposento, y veló la noche entera el cadáver.

II.

Al amanecer se oyó un repique que anunciaba la fuga del comandante, y una gritería espantosa, porque Chilpancingo se declaraba por la insurgencia.

Jacinto estaba terriblemente comprometido; pero el jóven no pensaba en el peligro que le amenazaba.

Una mujer del pueblo dió parte á los nuevos insurgentes, de que un realista de Chichihualco estaba en la casa de Pablo Dorantes.

La multitud se dirigió al instante al lugar señalado, para hacer un escarmiento.

El primer aviso fué el grito de "¡mueran los realistas!" dado en la puerta de la habitacion.

Jacinto se levantó resuelto y abrió las hojas de par en par.

—Aquí estoy, dijo á la multitud.

—¡Muera! repitieron los insurgentes.

—Estoy dispuesto, replicó el jóven, pero antes pido una gracia.

—¡Que hable! ¡que hable! dijeron los cabecillas.

—Señores, mi padre era insurgente, y acaba de morir atravesado por las balas de los realistas; aquí está su cadáver, no le nieguen una sepultura. . . ya pueden matarme.

Un grupo de pueblo entró en el aposento y vió al tio Blas muerto y ensangrentado.

Aquel espectáculo era conmovedor.

Todos retrocedieron ante aquel cuadro de horror.

—Yo no me atreveria á matar á ese jóven, dijo uno de los cabecillas; allí está su padre que ya está juzgado de Dios.

—Ni yo me atreveria, dijo otro.

—Al fin es hijo de un insurgente.

—Vámonos.

—Vámonos, esclamó la multitud que cede á las órdenes del primero que habla, y se alejó el tumulto á seguir en los desórdenes del motin.

Jacinto condujo los restos de su padre al cementerio del pueblo, volvió á la casa de Pablo, montó en su caballo, y se dirigió á Tixtla, donde se estaban reuniendo los dispersos de Chichihualco.

Presentóse á las autoridades, que lo recibieron cordialmente, dándole el mando de una compañía, y encomendándole uno de los puntos de la plaza mas peligrosos.

El comandante esperaba ser atacado por Morelos y se preparaba á recibirlo, acumulando cuantos elementos de defensa pudo proporcionarse.

Cuando el desgraciado huérfano se encontró solo en el reducto, sacó los papeles que constituian la herencia de su padre; los desdobló con cuidado, procurando unir los fragmentos rotos por las balas; limpió la sangre, que habia hecho desaparecer algunos renglones, y comenzó á leer con avidez las páginas del manuscrito.